

## NUESTROS PROFESORES ESCRIBEN...

En este número: Dra. Graciela Susana Puente

### CRÓMLECH

La "hymensul" se elevaba majestuosa, todavía. El círculo de monolitos parecía custodiarla, tal como Julio había imaginado. Se acercó con lentitud hacia la "piedra del sol". No pudo reprimir su deseo de pasar los dedos sobre ella. Notó la viscosidad, pero no le extrañó, por la humedad del ambiente.

En el afán de registrar lo que estaba "poseyendo", comenzó a preparar la máquina fotográfica. Se apartó lo suficiente y apretó el botón. Guardó la placa en el bolsillo izquierdo de su campera.

Mientras esperaba el resultado de la revelación instantánea, notó el avance de la niebla, hecho cotidiano en la zona.

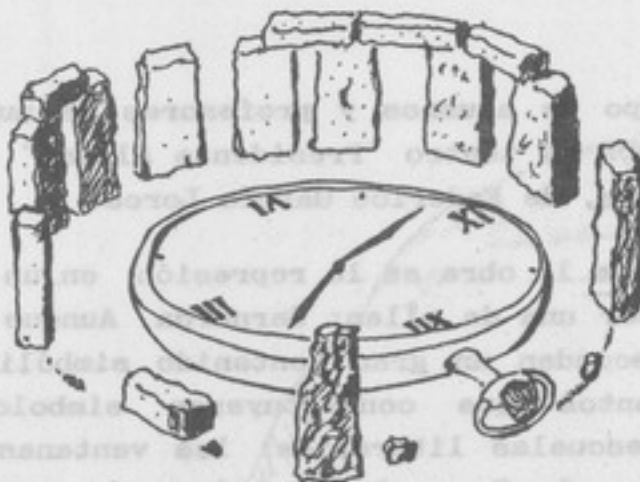
¡Por fin se hallaba en el recinto del Gran Crómlech de Stonehenge! Diodoro de Sicilia lo había definido como "el círculo del gigante".

Mientras encendía un cigarrillo, creyó percibir unas voces con cierto ritmo. Volvió a su jeep y apagó la radio. "¡Demasiado fuerte!" Siempre tan...! "Pero estaban transmitiendo una competencia hípica. ¿De dónde entonces?" Casi se atragantó con la intensa bocanada de humo. "Parece que va a llover..." Sintió un poco de frío. "Total, mañana vuelvo".

Se quedó un momento más para "llenarse" de lo que descubría, del silencio; para subir y descender por el incipiente terraplén, hasta su jeep. Antes de ponerlo en marcha, sacó la imagen de su bolsillo.

Pudo contemplar el templo, antes de las ruinas. Y, en torno a la "hymensul", una ronda de hombres muy rubios y con armaduras. Entonces escuchó perfectamente: un cántico. El idioma era de origen sajón.

En ese momento, el sol brilló con excesiva petulancia, victorioso, entre la niebla.



### EL OTRO LADO

Yo sé que se trataba del espacio.

En mi constante ir hasta la orilla, se repetía la sensación de estar ante el cosmos y el caos. Pensaba en la rebelde naturaleza de las dimensiones y un infantil desasosiego me dominaba.

Como ahora; salvo que no me encuentro en la playa, sino en la mesa, entre los otros que entienden de relojes.

Y fue una molestia de arena entre los pies, que se había obstinado en permanencia, por esa candidez de la humedad adherida.

Y sin embargo los cubiertos en un ritmo ordenado, porque "así debe ser"; "pásame una galletita"; "se dice por favor"; "no ves que no sabés todavía".

Pero llegó el alivio del agua, para despojarme de esa suela natural que no era prolija. Y con el agua, la espuma, brindando los registros blancos del mineral que arrastra.

"Pero está muy salado ¿no te parece?" No. No me parece.

El cobre con silencio penetra hasta los ojos. "Por qué mirás así, siempre, como buscando el otro lado?" No era otra voz. Era yo misma, tratando de reír ante el espacio.

La marea cubría, descubría y me dejaba ver la sal, sobre la mesa.

**Ambos textos pertenecen a Taraceas del borde,**

**Buenos Aires, Libros Ambigua Selva, 1990.**